



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

24.- La curación de muchos enfermos



unánimes

Estudios Bíblicos

N.24.- La curación de muchos enfermos

1. El texto

Mateo 15:29-31

Pasó Jesús de allí y fue junto al Mar de Galilea; subió al monte y se sentó allí. Se le acercó mucha gente que traía consigo cojos, ciegos, mudos, mancos y otros muchos enfermos. Los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó; de manera que la multitud se maravillaba al ver que los mudos hablaban, los mancos quedaban sanos, los cojos andaban y los ciegos veían. Y glorificaban al Dios de Israel.

2. Introducción

En el estudio anterior analizamos someramente este texto. En el presente estudio vamos analizarlo a fondo y al mismo tiempo veremos en detalle otros dos textos que se relacionan íntimamente con este. Uno es la lectura que Jesús hace del libro de Isaías en una sinagoga en Nazaret y el otro es el encargo de Juan el Bautista a sus seguidores para que pregunten a Jesús si Él era quien debía de venir.

3. Jesús en la sinagoga de Nazaret

Lucas 4:16-22...

Vino a Nazaret, donde se había criado; y el sábado entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. Se le dio el libro del profeta Isaías y, habiendo abierto el libro, halló el lugar donde está escrito:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a predicar el año agradable del Señor».

Enrollando el libro, lo dio al ministro y se sentó. Los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Entonces comenzó a decirles:

—Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.

Todos daban buen testimonio de él y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca.

Aun cuando había nacido en Belén y había tenido su centro de actividad en Capernaum durante gran parte de su ministerio, Jesús era y seguía siendo “Jesús de Nazaret”. Nazaret era, como nos recuerda Lucas, el lugar donde Jesús se había criado, su ciudad de origen. Lucas agrega que en este día de reposo en particular Jesús entró en la sinagoga. El hecho de

que asistiera a la sinagoga donde quiera que solía estar, en particular en el día reposo, se aprecia claramente en varios pasajes de los evangelios. Sin embargo, sólo aquí notamos la significativa añadidura “conforme a su costumbre”.

Era en las sinagogas donde se leía y se explicaban los textos bíblicos judíos. Si bien en relación con su naturaleza humana Jesús estaba—en cuanto a conocimiento, sabiduría, etc.—muy por encima de cualquier otro que impartiera instrucción en la sinagoga, Él no dejaba de asistir. Sin embargo, la verdad es que en casi todas las referencias en los Evangelios, se nos dice que Jesús mismo estaba o enseñando o predicando, por lo tanto la razón de su asistencia continua a las sinagogas era más para instruir que para ser instruido.

3.1. El culto en la sinagoga

Vino a Nazaret, donde se había criado; y el sábado entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer.

Si fuentes posteriores a los tiempos del Nuevo Testamento son aplicables al período en que Cristo estuvo en la tierra, la secuencia de los elementos litúrgicos en el culto de la sinagoga era probablemente la siguiente:

- a. Acciones de gracias o “bendiciones” pronunciadas en relación con la Shema: “Oye, Israel, Jehová nuestro Dios, Jehová uno es, y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”.
- b. Oración, la congregación responde “Amén” al unísono.
- c. Lectura de un pasaje del Pentateuco o Torah (la ley en hebreo, seguida de su traducción al arameo).
- d. Lectura de un pasaje de los Profetas (traducido del mismo modo).
- e. Sermón o palabra de exhortación.
- f. Bendición pronunciada por un sacerdote, la congregación respondía con “Amén”. Cuando no había ningún sacerdote presente, la Bendición era sustituida por una Oración Final.

“La libertad de la sinagoga” suponía que cualquier persona considerada idónea por el gobernante (o los gobernantes) de la sinagoga tenía el privilegio y era instada a pronunciar el sermón. Se entiende fácilmente que esta disposición hizo posible a Jesús y más tarde también a Pablo y otros líderes cristianos, llevar el evangelio a la congregación reunida.

No es claro si aquí en Nazaret Jesús fue invitado a tomar este lugar o si simplemente sabía que la gente esperaba que leyera y predicara. Cualquiera de estas posibilidades es aceptable.

3.2. El rollo seleccionado

Se le dio el libro del profeta Isaías y, habiendo abierto el libro, halló el lugar donde está escrito:

Se levantó a leer y se le pasó el rollo del profeta Isaías a través del ministro. Parece haber sido un rollo separado. ¿Constituyeron las primeras líneas de Isaías 61 “la haphtara” (lección de los Profetas) de ese día reposo en particular, o seleccionó Jesús mismo estas líneas? Las palabras “habiendo abierto el rollo, halló el lugar”, etc., parece indicar en dirección de la segunda alternativa. Tal vez podemos también suponer que fue Jesús mismo quien tradujo del hebreo al arameo ese día.

3.3. El texto seleccionado por Jesús

«El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a predicar el año agradable del Señor».

Leamos también el texto de Isaías 61:1 tal y como está consignado en nuestra Biblia:

Isaías 61:1-3

El espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí, porque me ha ungido Jehová.

Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová y el día de la venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los que están de luto; a ordenar que a los afligidos de Sión se les dé esplendor en lugar de ceniza, aceite de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado.

Serán llamados “Árboles de justicia”, “Plantío de Jehová”, para gloria suya.

- a. Quien habla de principio a fin es evidentemente el Mesías mismo. Lucas aclara que este Mesías es Jesús. Esto muestra que el cumplimiento de la profecía de Isaías, cuando volvió el remanente de Israel de la cautividad babilónica, tuvo una naturaleza preliminar y que el cumplimiento final empezaba con la encarnación, humillación y exaltación de Jesucristo. Fue sobre Él que, por obra de Dios el Padre, vino a posarse la unción del Espíritu Santo en el momento de su bautismo.
- b. Esta unción daba a entender que el Salvador había sido apartado y capacitado para esta tarea. Parte de esta tarea era “proclamar buenas nuevas a los pobres”. La palabra griega traducida “pobres” ocurre también en las Bienaventuranzas. Quien habla en Isaías estaba pensando en el desamparado, en aquellos que se sabían en esa condición. Más adelante en el libro de Isaías se proporciona un buen comenta-

- rio: “Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla ante mi palabra”.
- c. La figura subyacente—“cautivos”—es la de exiliados, sacados de su propia tierra y transportados a un país extraño donde deben soportar duros tratos. Esta cautividad simboliza la esclavitud al pecado y a Satanás. Pero el Mesías estaba divinamente comisionado a proclamar y lograr libertad de esta cautividad.
 - d. Según el relato de Lucas Jesús leyó también estas palabras, “*vista a los ciegos*”. El pasaje paralelo de Isaías a menudo se traduce, “y la apertura de la cárcel para los que están atados. Luego se hace difícil entender por qué la línea correspondiente a Isaías no habla de vista a los ciegos y Lucas sí. La transición de una idea—apertura de la cárcel—a otra—recuperación de la vista—se explica entonces señalando que cuando los hombres atados en oscuras mazmorras son puestos en libertad, ven nuevamente la luz del día y en este sentido sus ojos son abiertos. Esta explicación suena razonable. Una forma más fácil de llegar al mismo resultado consiste en adoptar para el pasaje de Isaías la traducción alterna de las palabras en cuestión, a saber, “y apertura de ojos a aquellos que están atados”. Uno de los propósitos por lo cual el Mesías fue enviado al mundo era, por cierto, abrir los ojos de los hombres, un derecho que Jesús demandó.
 - e. “(Me ha enviado) a poner en libertad a los oprimidos”. Isaías no cita estas palabras. Tal vez podría tomarse como una “midrash” o comentario sobre el pasaje inmediatamente anterior. Luego el significado sería de esta manera: “Cuando dijo que el ciego recibe la recuperación de la vista, quise decir que esto se lleva a cabo cuando se le libera de la opresión que había estado sufriendo en las oscuras mazmorras de Satanás”. Este comentario parece muy natural en este punto, en vista del hecho de que dos capítulos antes Isaías conecta dos pasajes que se refieren a la liberación de los explotados u oprimidos.
 - f. “(Me ha enviado) a proclamar el año del favor del Señor”, o “el año agradable del Señor. La figura subyacente es la del año del Jubileo, el quincuagésimo año cuando, según el libro de Levítico debía hacerse sonar la trompeta y proclamarse “libertad a través de todo el país”. Este es un símbolo de la era mesiánica, ya que sólo por la fe en Jesucristo se obtiene la libertad verdadera: libertad de una vida de constante temor, de la obligación a innumerables mandamientos de hombres, de la culpa, de la contaminación, de Satanás, del pecado y sus resultados. “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” cita Juan a Jesús. Esta es la libertad por excelencia. Cuando se declara no culpable a un hombre acusado, él está libre. Del mismo modo cuando un esclavo ha sido emancipado está libre. Pero el juez o el emancipador por regla general no adopta al individuo libertado como su propio hijo. Pero cuando el Hijo hace libre a alguien, éste será verdaderamente libre, regocijándose en la gloriosa libertad de su condición de hijo.

- g. Si tenemos presente que al leerse este pasaje de las Escrituras Jesús ya había llevado a cabo un extenso ministerio tanto en Judea como en Galilea, se ve claramente que gran parte de la misión aquí descrita había sido realizada. Se estaba cumpliendo todavía e iba a continuar hasta ser completada. El pobre recibió, está recibiendo e iba a recibir buenas nuevas; los cautivos (al pecado y Satanás) la liberación; el ciego recuperación de la vista; el oprimido la libertad y “el año del favor del Señor” llega para todo verdadero creyente. En realidad, incluso los incrédulos se benefician en algún grado con esta llegada.
- h. Por otra parte, Jesús había venido para salvar al hombre entero: cuerpo y alma. Las bendiciones prometidas eran tanto físicas como espirituales. Por lo tanto, en cualquier caso, el pasaje leído aquel día en la sinagoga de Nazaret no era sólo informativo sino que también exhortativo. Se insinuaba claramente la invitación a aceptar esta gran salvación.

3.4. Lo que Jesús agrega

Enrollando el libro, lo dio al ministro y se sentó. Los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Entonces comenzó a decirles:

—Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.

¡Qué pasaje más interesante! Jesús combina aquí lo natural y usual con lo asombroso e inesperado. Jesús enrolla el libro, lo devuelve al asistente y se sienta para hablar. En todo esto Él no se apartó de los procedimientos acostumbrados. Pero en este momento sucede lo inesperado. Tratemos de imaginarnos la situación. La atmósfera en la sinagoga está sobrecargada de curiosidad. Todos en el auditorio se preguntan qué será lo que su conciudadano, el carpintero, acerca de quien han estado escuchando tanto últimamente, va a decir en aclaración y aplicación del pasaje que acababa de leer. Seguramente Jesús leyó más que lo que Lucas informa, pero por lo menos leyó eso.

Todo está silencioso, tan silencioso que se puede oír caer una pluma. Todos los ojos están fijos en Jesús. Él abre su boca. Comienza su discurso. ¿Comienza acaso recordando al auditorio la edad de oro, que ya no volvería, cuando Jehová extendió su poderoso brazo y realizó milagros sobre la tierra? No lo hace. ¿Comienza Él entreteniéndolo a sus oyentes con promesas optimistas en cuanto al futuro? Tampoco. ¡En lugar de eso, Él habla del aquí y ahora! El asegura al pueblo, con el cual se había criado que la edad de oro realmente ha llegado. Hoy, dice, el pasaje que leí ha sido y está siendo cumplido”.

Por supuesto que esto era la verdad. ¿Acaso no estaban los ciegos recuperando su vista, los cojos caminando, los leprosos siendo sanados, la gente sorda obteniendo la

restauración de sus oídos e incluso algunos muertos siendo devueltos a la vida? ¿No estaban siendo proclamadas las buenas nuevas a los pobres? ¿Y quién era “el Siervo del Señor” a través del que se estaba cumpliendo todo esto? La inferencia es clara.

3.5. La reacción del auditorio

Todos daban buen testimonio de él y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca.

Jesús había hablado con tal convicción interior, vigor, autoridad y gracia que sus antiguos conocidos estaban mudos de asombro. Estaban impresionados por su sabiduría y por las poderosas obras que se le atribuían. Tenían al Mesías enfrente de ellos.

4. La duda de Juan el Bautista

Lucas 7:18-23

Los discípulos de Juan le dieron las nuevas de todas estas cosas. Y llamó Juan a dos de sus discípulos, y los envió a Jesús para preguntarle: «¿Eres tú el que había de venir o esperamos a otro?».

Cuando, pues, los hombres vinieron a él, le dijeron:

—Juan el Bautista nos ha enviado a ti para preguntarte: “¿Eres tú el que había de venir o esperamos a otro?”.

En esa misma hora sanó a muchos de enfermedades, plagas y espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista. Respondiendo Jesús, les dijo:

—Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí.

En el párrafo precedente en el evangelio de Lucas, se ha relatado la historia de la resurrección del hijo de la viuda. En este párrafo cita las palabras de Jesús: “Los muertos son resucitados”. Así que la relación es clara. La noticia acerca del gran milagro ocurrido en la ciudad de Naín se ha esparcido ampliamente, alcanzando a la prisión donde tenían custodiado a Juan el Bautista. De allí la duda de Juan.

Según el evangelio de Lucas, Juan el Bautista había sido encarcelado por el rey Herodes Antipas. Había sido encerrado en la lúgubre fortaleza de Maqueronte, ubicada unos ocho kilómetros al oriente del mar Muerto. Aun cuando el encarcelamiento tiene que haber sido un sufrimiento muy duro, a Juan se le permitía recibir visitas, incluidos sus propios discípulos. Por ellos había sabido de las actividades de Jesús, el mismísimo Jesús de quien Juan el Bautista había dicho tantas cosas maravillosas. Así que, el heraldo encarcelado puede haberse estado preguntando: “Si Jesús es tan poderoso, ¿por qué no hace algo tocante a mi encarcelamiento?” Pero especialmente, según Juan lo veía, las palabras de gracia que sa-

lían de los labios del Salvador y los milagros de misericordia que realizaba no armonizaban con el modo que Juan había descrito al Mesías ante el público en el desierto. Lo había presentado como quien había venido a castigar y a destruir:

Lucas 3:7-9

Y decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él:

—¡Generación de víboras!, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: “Tenemos a Abraham por padre”, porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Además, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa al fuego.

Las palabras de Juan habían sido verdaderas e inspiradas, la mismísima “palabra de Dios”. Sin embargo, lo que el heraldo de Cristo no captó era esto: no había podido discernir que la profecía de juicio no se cumpliría ahora, sino en la segunda venida de Cristo. No había visto el presente y el futuro en una perspectiva correcta.

Juan hizo una decisión muy sabia cuando, en vez de guardarse para sí la dificultad que tenía acerca de Jesús, o de conversar al respecto con otros pero no con la persona correspondiente, la planteó a Jesús. Debido al hecho de estar en la cárcel, por lo que no podía ir personalmente a ver a Jesús, el Bautista le envió un mensaje por medio de dos de sus propios discípulos.

Hay quienes afirman que no era Juan mismo el que dudaba sino solamente sus discípulos y que Juan ahora envía estos hombres a Jesús para que el Salvador pueda resolver el problema de ellos. Esto es definitivamente incorrecto. ¿Por qué entonces, Jesús les habría dicho: “Id y haced saber a Juan”? No hay dudas al respecto: era Juan mismo quien tenía el problema. Era él quien se preguntaba si Jesús era o no “el que había de venir”.

Ahora bien, en esa misma hora, Jesús sanó a mucha gente de enfermedades, dolencias, espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista. Entonces dio esta respuesta a los mensajeros: “Id y haced saber a Juan las cosas que habéis visto y oído: los ciegos están recobrando la vista, los cojos están caminando, los leprosos están siendo limpiados y los sordos están oyendo, los muertos están resucitando, a los pobres se les está predicando el evangelio.

Los emisarios de Juan el Bautista llegaron exactamente en el momento oportuno, justamente cuando Jesús estaba mostrando su amor y su poder sanador. Lo que Jesús pretendía era demostrarle a Juan con hechos y no palabras, que en efecto, Él era el Mesías prometido.

En primer lugar, se mencionan las enfermedades, palabra que indica cualquier condición en que el cuerpo o la mente carece de salud. Sigue la palabra “plagas”, con énfasis en la

naturaleza dolorosa de la aflicción y luego “espíritus malos” que habla de cautividad. Los “ciegos” reciben mención especial. Así que vemos que las tres categorías eran objeto de la compasión de Cristo y fueron afectadas por su poder sanador: los enfermos, los endemoniados y los inválidos, aquí representados por los ciegos.

En repetidas veces los Evangelios hacen mención de los ciegos. Debe haber habido muchos que se encontraban afligidos de este modo. En aquel tiempo el conocimiento de las causas de la ceguera estaba en el nivel cero y aun no se apreciaba la importancia de las condiciones sanitarias ni se habían descubierto las medidas preventivas. Todo esto indica cuán gran Salvador era y es Jesús. No sabemos exactamente cómo sanó todas las enfermedades, dolencias, etc. No se puede explicar en términos de la ciencia física. Gozosos, lo recibimos por fe.

Entonces Jesús le dice a los emisarios de Juan que regresen y cuenten a Juan lo que ellos mismos han presenciado (visto y oído): los ciegos están recibiendo la vista, los cojos están caminando, etc. “Los muertos resucitan” es un eco de lo ocurrido en Naín. Esto es verdaderamente el clímax; aquí debe terminar la oración, porque no puede haber una obra más maravillosa o más grande que la resurrección de los muertos. Así podríamos razonar nosotros. Pero el evangelista inspirado que está relatando las palabras de Cristo lo sabe mejor. La resurrección de muertos no es el clímax. Hay algo aun mayor, a saber, “a los pobres se les está predicando el evangelio”. Esa es la mayor de todas las obras.

Todas estas cosas debían ser informadas a Juan, para que se le desvanecieran todas las dudas. ¿En qué sentido era alentadora esta respuesta? ¿No es que Juan ya sabía todo esto y que ese mismo hecho de saberlo había contribuido mucho a su duda? Sí, es verdad, pero lo nuevo era la forma de expresarlo. ¿O era nuevo de verdad? Era “nueva” en el sentido que los amigos que habían usado este tipo de formulación. Por otra parte, el mensaje, según Jesús lo envía, tiene un tono conocido. Debe haber hecho que Juan recordara algunas predicciones proféticas, sobre todo los textos mesiánicos citados en Isaías 35:5, 6 y 61:1: “Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo ... El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos (o: pobres)”. Es como si Jesús con mucha ternura estuviera diciendo a Juan: “¿Recuerdas estas profecías? Todo esto también se dijo acerca del Mesías. Y todo esto se está cumpliendo hoy, esto es, en mí”.

En relación con estas palabras proféticas y su cumplimiento en Jesús, cabe hacer notar dos hechos adicionales: (a) Isaías se había referido tanto a los milagros como a la predicación; el mensaje de Cristo a Juan también contiene una referencia a ambas cosas; y (b) el cum-

plimiento en Cristo fue aún mejor que la predicción de Isaías, porque en esta ninguna palabra aparecía respecto de limpiar leprosos y de resucitar muertos.

El mensaje dirigido a Juan termina con estas palabras: Y bienaventurado es el que no se escandalice de mí. Es una advertencia muy, pero muy suave. Jesús no regaña a Juan por haber preguntado: “¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?” En cambio, hace presente a este seguidor vacilante que hay una bendición especial para el que no cae en esta trampa sino sigue, por la gracia de Dios, confiando.

El Señor trata a Juan con la misma ternura que trató al ciego de nacimiento, a la mujer sorprendida en adulterio, a Pedro, a Tomás, etc. En vista del hecho de que en el texto subsiguiente Jesús prosigue a elogiar a Juan públicamente y a reprender a los que criticaban tanto al heraldo como a Aquel de quien daba testimonio, debe estimarse con certeza que el mensaje de Jesús tuvo el efecto deseado sobre Juan. Pero es la sabiduría y la ternura de Jesús lo que se destaca en este mensaje de aliento dirigido a Juan.

5. El análisis del texto principal del estudio

Mateo 15:29-31

Pasó Jesús de allí y fue junto al Mar de Galilea; subió al monte y se sentó allí. Se le acercó mucha gente que traía consigo cojos, ciegos, mudos, mancos y otros muchos enfermos. Los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó; de manera que la multitud se maravillaba al ver que los mudos hablaban, los mancos quedaban sanos, los cojos andaban y los ciegos veían. Y glorificaban al Dios de Israel.

Tanto en Mateo como en el texto paralelo en Lucas no hay indicación de tiempo. No se sabe cuanto tiempo estuvo Jesús en el distrito de Tiro y Sidón antes de ir a Galilea. Aun el lugar al que ahora el Señor dirigió sus pasos se describe en forma muy vaga. Todo lo que leemos es que “fue junto al Mar de Galilea”. Pasó por lo menos tres días en la costa oriental o suroriental del mar. Entonces aquí, cerca del mar, Jesús subió a un monte en el cual (no necesariamente en la cumbre) se le presenta sentado. Grandes muchedumbres vinieron a Él teniendo consigo (los) cojos, ciegos, mancos, mudos y muchos otros. Como antes, ahora también se agolpó la gente de toda la región circundante trayendo a Jesús sus parientes afligidos, sus amigos y vecinos. Las multitudes sabían que Jesús podía ayudar en toda necesidad, no importando si la gente estuviera solamente enferma, o poseída de demonio o ambas cosas o, como se cataloga aquí, principalmente inválidos, esto es, ciegos, cojos etc., Jesús quería y podía sanarlos a todos. Los pusieron a los pies de Jesús y Él los sanó. La sencillez misma del relato lo hace más emotivo.

Hasta donde llega el relato no se preguntaba si una persona era gentil—este era territorio gentil—o judío. Nada hay que indique si el inválido había recibido a Jesús como su Salva-

dor y Señor (lo que parece improbable) o si el enfermo o el que lo traía creía en Él solamente como un obrador de milagros. Todo lo que importaba era que este hombre o mujer o niño necesitaba ayuda y que Jesús podía y estaba deseoso de proporcionar esta ayuda, esta sanidad, de modo que la gente estaba atónita cuando veía hablar a (los) mudos, restaurados (los) mancos, (los) cojos caminando, y (los) ciegos viendo.

Todo ocurrió de una vez. Esto no fue un caso de un milagro asombroso; no, los milagros eran realizados en todas partes, dondequiera que uno mirara. Que muchas de las personas en las que se realizaron estos milagros eran gentiles de nacimiento está claramente implícito en la forma en que se describe su acción de gracias y alabanza: y glorificaron al Dios de Israel. Esto ciertamente da a entender que ellos atribuían la honra al Dios que originalmente no era el de ellos, sino el Dios de otro pueblo. Estaba ocurriendo algo verdaderamente maravilloso. En otro tiempo mucha gente de esta región había hecho un viaje a Galilea para ser sanados por Jesús. Pero ahora el profeta de Galilea había venido realmente muy cerca de ellos. ¡Qué bendición! ¿Recibieron los gentiles instrucciones acerca del camino de vida, de los misterios del reino de los cielos? Esto no aparece en el relato. Sin embargo, difícilmente podemos imaginarnos que el Señor haya pasado tres días con estas multitudes sin siquiera haberles enseñado “acerca del Dios de Israel y su reino de salvación”.

6. Conclusión

Tanto en la sinagoga, donde Jesús anuncia que la profecía de Isaías 61 se estaba cumpliendo delante de los ojos de su audiencia, como en la respuesta a los discípulos de Juan ante su duda de si Él era quien debía venir, entendemos que los milagros de Jesús citados en este texto, confirman la condición de Mesías (Ungido o Cristo), de conformidad con las Escrituras judías.

Jesús vino a sanar cuerpos y almas. También vino a alimentar hambrientos de cuerpo y espíritu. Al confirmar a través de los milagros, que era el Mesías, también estaba indicando que su misión se vería cumplida una vez que confirmara la profecía que indicaba que Él realizaría la obra más grande de la historia de la humanidad, esto es, entregar su vida para salvar la de aquellos que le siguieron en el pasado (seguidores de Yahvé) y de los que le seguirían luego. Esa profecía está consignada en el libro del profeta Isaías y fue cumplida en la cruz.

Isaías 53

*¿Quién ha creído a nuestro anuncio y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?
Subirá cual renuevo delante de él, como raíz de tierra seca.*

No hay hermosura en él, ni esplendor; le veremos mas sin atractivo alguno para que lo apreciemos.

Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en sufrimiento; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado y no lo estimamos.

*Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, ¡pero nosotros le tuvimos por azotado, como herido y afligido por Dios!
Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados.
Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados.
Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.
Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como un cordero fue llevado al matadero; como una oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, no abrió su boca.
Por medio de violencia y de juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará?
Porque fue arrancado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido.
Se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte.
Aunque nunca hizo maldad ni hubo engaño en su boca, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento.
Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá descendencia, vivirá por largos días y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.
Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará sobre sí las iniquidades de ellos.
Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los poderosos repartirá el botín; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos y orado por los transgresores.*

Por lo tanto, todas las señales y milagros, así como todas las profecías del Antiguo Testamento, apuntaban a uno solo, Jesús de Nazaret, el eterno Hijo de Dios hecho hombre, quién nació de virgen, enseñó los principios del reino de Dios, sanó cuerpos y almas, alimentó multitudes y murió para traer perdón y vida a todo aquel que, estando muerto en sus delitos y pecados, deposite su fe en Él y lo siga. Tanto amor depositado en nosotros nos hace estar seguros de nuestra relación eterna con Jesús, porque tal y como dijo Pablo:

Romanos 8:33-39

... Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada? Como está escrito: «Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero».

Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Hendriksen
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995